

Por una sociología de la acción: la intervención sociológica en una sociedad fragmentada

*Hugo José Suárez**

A Fernando, por lo aprendido

1. Introducción

Las transformaciones sociales y culturales de las últimas décadas han puesto sobre la mesa de debate nuevas problemáticas que antes no habían sido contempladas. La modernidad, con su imponente desarrollo a lo largo de los siglos anteriores, había girado en torno a los paradigmas de la razón y del progreso. La sociedad entera se organizó con base en la lógica laboral, de donde emergieron tanto actores sociales como teorías explicativas, y por tanto una historicidad que marcó un largo período. Se generó así una referencia a la identidad cultural alrededor de una unidad del cuerpo social, un proceso de integración que adquirió la forma de Estado-Nación, que traía consigo un fuerte principio de homogeneidad con la adopción de reglas universales para todos en un ámbito territorialmente definido.¹

* Doctor en sociología por la Universidad Católica de Lovaina. Autor de *La Transformación del Sentido. Sociología de las estructuras simbólicas* (Ed. Muela del Diablo, 2003); *¿Ser Cristiano es ser de Izquierda? La experiencia político-religiosa de los cristianos en los años 60 en Bolivia* (Ed. Muela del Diablo, 2003), profesor – investigador de El Colegio de Michoacán, México <hugojose@quijote.ugto.mx>.

En el libro *Podremos vivir juntos* (1998), Touraine comienza afirmando que la sociedad contemporánea ya no cree en el progreso. Efectivamente, de acuerdo a esta perspectiva, estamos viviendo una época de cambio de paradigmas, es decir, el agotamiento del modelo cultural industrial y estamos frente al nacimiento de un nuevo modelo en emergencia, lo que trae consigo nuevos movimientos sociales.

Hoy estamos asistiendo a la transformación de aquellos parámetros que habían tenido validez y aparece un principio de “división y conflictualidad mayor en el seno mismo del cuerpo social” (Wiewiorka, 1996: 12). La sociedad ya no es más aquella que se centraba en la fábrica y el trabajo. Por el contrario, es un período en el cual el desempleo es una característica central, lo que hace que algunos autores denominen la época con el apelativo de “adiós al proletariado”, con procesos de exclusión significativos de grandes masas humanas. Hay una “fractura social” con la emergencia de grupos que tienen condiciones precarias en el mundo laboral, en sus ingresos, con dificultades para el consumo, la salud, la educación, etc. Parecería que nos encontramos ante el “retorno a la miseria, que hoy se llama exclusión, y a la precariedad de la existencia, llamada fractura social”; por lo que una problemática central en el debate de hoy es el proceso de “fragmentación cultural” al que están sometidas las sociedades (Wiewiorka, 1996: 14).

Los cambios culturales que fueron observados a finales de los 60, plantearon un nuevo problema en la cultura, que habría de ser estudiado por distintos autores, Touraine acuñará la noción de “nuevos movimientos sociales”. En todo caso, se hace finalmente referencia a una gran mutación cultural. Estamos asistiendo al nacimiento de identidades, comunitarismos, racismos, que levantan temas como el de la “diferencia cultural”, “multiculturalismo”, “minorías”, etc. que son problemáticas nuevas que influyen directamente en la vida colectiva, y muestran un “cambio de la historicidad replanteando el tema de la unidad y la división del cuerpo social” (Wiewiorka, 1996: 13).

La “fragmentación” estará empujada en parte por el nacimiento de nuevas afirmaciones identitarias que abren nuevos campos

de conflicto, lo que nos envía al problema de la “multiculturalidad” y la defensa de las identidades y las minorías. De alguna manera, el multiculturalismo es una protesta contra la hegemonía de categorías de dominación que fueran impuestas a aquellos considerados como inferiores, por lo que finalmente el problema del multiculturalismo “surge hoy porque el modelo republicano, “político”, del occidente está en descomposición” (Touraine, 1997: 297).

La transformación y mutación por la cual estamos atravesando hace surgir nuevos movimientos sociales que identificarán identidades particulares que la modernidad no había tomado en cuenta. Los nuevos movimientos sociales van más allá de la racionalidad y traen al debate los valores, los sentidos, la cultura; en una palabra, la subjetividad. Es por tanto el sujeto, el nuevo actor en escenario, el que busca el control de la historicidad y las grandes orientaciones normativas de la vida social (Touraine, 1984: 19). Hoy es el sujeto el “creador de sentido y de cambio, e igualmente de relaciones sociales e instituciones políticas” (Touraine, 1998: 67).

Es frente a este escenario social que nos ponemos la pregunta sobre el estudio de los movimientos sociales. ¿Cómo estudiar a los movimientos sociales en una sociedad fragmentada? ¿Existen movimientos sociales propiamente dichos en esta gran mutación? ¿El método de la intervención sociológica tiene algo que decir en este contexto?

Estas interrogantes van más allá de lo que se puede responder en estas páginas, pero sitúan la discusión. Primeramente, hay que partir de la idea de Dubet, quien afirma que el concepto de movimiento social en Touraine no es estático ni exige un grupo “conciente y organizado” con objetivos muy precisos en relación al poder, si así fuera, este enfoque conceptual ya no tendría una palabra ante la nueva situación social. Un movimiento social es, continúa este autor, “un nivel de acción en el que se oponen actores de las clases en un campo cultural en un tipo societal; el movimiento social es menos un actor concreto que una lógica que conlleva otros niveles de prácticas, es más una herramienta que un personaje histórico” (Dubet, 1987: 27).

Un segundo aspecto que hay que remarcar es que si bien la naturaleza de los movimientos sociales se ha transformado tanto como la sociedad misma, la acción social en distintas formas irrumpe cotidianamente en la sociedad, lo que impone a los investigadores nuevos desafíos para estudiarla.

En el presente trabajo pretendemos hacer un recorrido por el método de la intervención sociológica, que trató de constituirse a sí mismo como un instrumento para el estudio de los movimientos sociales. En este nuevo contexto que hemos hecho referencia, claro está que el propio método se ha transformado y evolucionado. No entraremos en los detalles de esta trayectoria, simplemente mostraremos descriptivamente su utilidad en contextos diferentes, y dejamos abierta la pregunta, el desafío sobre su pertinencia hoy en la actual América Latina.

Para este recorrido es importante primero situar brevemente algunos aspectos conceptuales de Alain Touraine, luego una descripción de los principios básicos de la intervención sociológica y, finalmente, mostrar tres ejemplos de investigación.

2. Elementos teóricos

Todo método tiene como contrapunto una teoría y sirve a un determinado enfoque sociológico. El método de la intervención responde, claro está, a la propuesta teórica de Alain Touraine. Hagamos un breve recorrido por las principales categorías del autor.

2.1 Sociología y modernidad

“La sociología está constituida como un modelo particular de análisis de la vida social” (Touraine, 1984: 19). Ésta es la idea que guiará gran parte de la reflexión tourainiana. Sociología y modernidad irán de la mano. La modernidad es la “afirmación de que el hombre es lo que hace y que, por lo tanto, debe existir una correspondencia cada vez más estrecha entre la producción (...), la or-

ganización de la sociedad mediante la ley y la vida personal, animada por el interés, pero también por la voluntad de liberarse de todas las coacciones” (Touraine, 1994: 9). En efecto, la idea de modernidad va a introducir la posibilidad de que el hombre realice sus acciones luego de un proceso racional de elección, lo que hace que su acción social ya no esté supeditada a disposiciones divinas, sino a la responsabilidad completa de su propia acción. Es ahí donde la sociología hace su ingreso; el surgimiento de la sociología es paralelo al surgimiento de la modernidad:

“La sociología nace en el instante en que el conjunto de las orientaciones culturales por las cuales una colectividad pone en forma sus relaciones con su entorno no es más concebida como la expresión de principios generales o por el contrario como un acontecimiento particular, sino como *un trabajo* de la sociedad sobre ella misma. Las sociedades humanas son capaces de producir y de cambiar sus modelos de funcionamiento, es decir, a la vez de crear un conocimiento sobre ellas mismas, de invertir una parte del producto de su actividad para transformar la producción y de construir una imagen de su creatividad” (Touraine, 1978: 51).

Touraine dirá que la posibilidad de que la acción social no esté condicionada por lo sagrado, es decir, el nacimiento de las sociedades modernas, se da por tres razones:

- i. Un modo de acumulación particular, que generó una actividad económica y la acumulación de medios de intercambio como la moneda que dio origen a un intercambio comercial propio (con conocimiento científico, acumulación de capital, etc.).
- ii. El nacimiento de un modelo cultural con el ingreso de la noción del trabajo, el progreso y el desarrollo al centro de las búsquedas y objetivos sociales.
- iii. Un modelo de conocimiento nuevo, por tanto el nacimiento de una relación distinta entre hombre y naturaleza (Voye, 1998: 206).

Con este nuevo fenómeno aparece un “sistema de acción histórica”, que guiará lo social durante más de un siglo. Paralelamente, esto implicará paradigmas particulares para la sociología en los cuales se inscribirán distintas corrientes teóricas y actores sociales.²

Desde esta perspectiva el objeto de la sociología está claramente delimitado: son las relaciones [rappports] sociales.³ Pero, ¿qué es una “relación” [rapport] social? Dice Touraine: “no es cualquier tipo de interacción. Sólo hay relación [rapport] social si los actores se sitúan en un mismo campo cultural. Pues una acción sólo es social si está orientada normativamente por una historicidad y al mismo tiempo que se sitúa en una relación [rapport] social” (Touraine, 1978: 53). Por eso aparece la noción de conflicto que Touraine la entenderá como la relación de oposición entre los principales actores sociales, que participan en un mismo conjunto, sea un sistema de acción histórica, una institución o una organización (Touraine, 1973: 530).

Surge finalmente la pregunta ¿qué es un *campo social*? Touraine dirá que es el “conjunto de las prácticas de una intervención de la sociedad sobre ella misma”, esto implica la noción de un poder, por lo que “*toda relación social es una relación de poder*” (Touraine, 1978: 54).

La idea de modelo cultural naciente con la modernidad trae la capacidad de acción sobre lo social, y en ella es donde se sitúan los distintos movimientos sociales.

2.2 ¿Qué es un movimiento social?

Para Touraine un movimiento social es “la acción colectiva organizada por la cual un actor dominante o dominado lucha por la dirección social de la historicidad en un conjunto histórico concreto”. Tres elementos resaltan de esta afirmación:

- i. Los sistemas de acción. Para Touraine la sociedad es un “conjunto jerarquizado de *sistemas de acción*, es decir, de relaciones [rappots] sociales entre actores donde sus inte-

reses son opuestos pero que pertenecen a un mismo campo social; por lo tanto, compiten ciertas orientaciones culturales” (Touraine, 1978: 42). Esto quiere decir que los actores se encuentra en un determinado campo de conflicto, luchando por imponer algo.

- ii. La historicidad. La historicidad será el hecho de que el futuro de la sociedad es el resultado de las decisiones del presente, es el resultado de la acción de la sociedad y de las orientaciones de su propia práctica que se impongan. Es decir, que la historicidad es el resultado de la lucha y conflicto de distintas clases sociales que buscan una determinada orientación cultural. De alguna manera, la historicidad es “la inversión, el conocimiento y la representación que la sociedad se forma de la creatividad, a través de la cual la sociedad ejerce una acción sobre ella misma” (Touraine, citado por Voye, 1998: 57). La historicidad entonces será el espacio para diseñar esas orientaciones culturales en un campo social determinado.
- iii. El *enjeux*. La acción colectiva tendrá como objetivo el control de esta conducta social (control de la historicidad), lo que abrirá un *enjeux*, es decir, los aspectos que están en juego para que ese control sea efectivo para uno u otro bando en acción. El *enjeux* serán aquellos elementos que salen en el momento de la confrontación por el control de la historicidad, que están empapados de las relaciones [rappots] de clase.

Así, el movimiento social está marcado por la lucha por imponer su modelo cultural en la historicidad, y por tanto el detentar la orientación histórica a partir de su propia posición. Los movimientos sociales “son la acción colectiva de los actores en el nivel más elevado, los actores que luchan por la dirección social de la historicidad, es decir, de las grandes orientaciones culturales por las cuales una sociedad se organiza normativamente y sus relaciones con su entorno” (Touraine, 1978: 42). El control de este espacio será el que obligue al nacimiento de movimientos socia-

les. Por ello en el modelo cultural industrial las dos clases fundamentales son obreros y burguesía, y consecuentemente las grandes luchas del siglo estuvieron protagonizadas por los sectores trabajadores, realidad que hoy está en mutación.

Hay que señalar, como ya lo dijimos, que el movimiento social no es una camisa de fuerza conceptual. Hoy los movimientos sociales están en transformación y su estudio exige creatividad conceptual; para ello, siguiendo a Dubet, la concentración analítica más bien debe estar dirigida a los sistemas de acción de los actores sociales en un mismo campo cultural.

Pero volvemos a la pregunta: ¿qué diferencia un movimiento social de una revuelta o de una rebelión? Touraine propondrá que todo movimiento social tiene tres principios fundamentales:

- i. La identidad. El movimiento social tiene un principio de identidad a partir del cual el actor toma conciencia de sí mismo y se ubica frente a un conflicto particular.
- ii. La oposición. Todo movimiento social tiene en miras un adversario que lo identifica y con quien entra en lucha.²²
- iii. La totalidad. El movimiento social desarrolla un sentido de totalidad, unos fines hacia los cuales orienta su acción; por lo tanto, tiene la voluntad de transformar la orientación de la sociedad y la definición de sus fines (Voye, 1998: 297), y por lo tanto, pretende una influencia en la historicidad.

Es evidente que este esquema analítico, a la hora del análisis empírico, aparece entremezclado, con una combinación compleja de los tres elementos. Cuando un movimiento social agota las posibilidades de un campo de conflicto, que es el lugar donde se desenvuelve, estará en camino a convertirse en un anti-movimiento que absolutiza su demanda y pretende destruir al oponente. El terrorismo, por ejemplo, es un caso claro de este proceso.

Dicho eso, es a partir de este sistema conceptual que Touraine se pone como desafío un método para estudiar los movimientos sociales, lo que denominará la intervención sociológica.

3. El método de la intervención sociológica

La sociología, lo hemos dicho, estudia las relaciones [rapports] sociales. La pregunta entonces es ¿cómo construir un método de observación y análisis que dé cuenta de ellos? Es con esta inquietud que Touraine desarrolla el método de intervención sociológica.

Está claro que “la elección de un método depende de la naturaleza de las preguntas levantadas. No existe un método universal y el problema es saber si el método que se utiliza es adecuado para la lógica de la investigación escogida (...) La intervención sociológica responde a preguntas de orden analítico, permite saber cuál es la naturaleza de una acción, los principios que la orientan y las relaciones [rapports] sociales en las cuales ellos juegan. Es un método que se concentra en el sentido de una acción y no en sus ‘causas’” (Dubet, 1987: 53).

La intervención sociológica es definida como la “acción del sociólogo para hacer aparecer las relaciones [rapports] sociales y convertirlas en el principal objeto de análisis” (Touraine, 1978: 184). Todo movimiento está inmerso en un conflicto social, la intervención busca analizar con mayor claridad ese conflicto. No se busca el estudio estático del actor, sino más bien se pretende descubrir su dinamismo, sometiendo al actor a condiciones especiales que le permitan mirarse y analizarse a sí mismo.

El objetivo es estudiar el sentido de la práctica y la acción misma de los movimientos sociales. Se trata de un “diálogo” entre el auto-análisis de los militantes y las interpretaciones de los investigadores, un “encuentro” entre la razón ideológica y la razón científica, Dubet dirá que la intervención sociológica es “un procedimiento analítico donde se cruzan el discurso de los actores con el análisis de los investigadores” (Dubet, 1987: 53). Sin embargo, no es solamente una curiosidad científica, sino que uno de los resultados finales es el lograr un mejor conocimiento del movimiento y su acción por el movimiento mismo, lo que implica el fortalecimiento de la capacidad de movilización y, por tanto, una intervención en la sociedad.

Este encuentro entre actor e investigador dará como resultado el análisis de la acción cruzando las miradas: por un lado, el militante logra niveles analíticos que van mucho más allá de su práctica, y que por tanto le permiten tener una panorámica reflexiva del movimiento; y, por otro lado, el investigador logra ver al movimiento en sí mismo desde su propia acción.

El rol del sociólogo entonces es tomar una mirada crítica y una distancia con respecto al discurso militante del actor y hacer intervenir sus análisis a la propia reflexión del actor para abrir espacios ocultos que en sí mismo el actor no logra ver. El investigador debe lograr hacer “surgir las dimensiones ocultas de la vida corriente” (Dubet, 1987: 55) que están en el discurso, en la vida cotidiana y que el actor no da cuenta de ellas.

La intervención no tiene por fin convertir al militante en sociólogo, sino que se convierta en analista pero que siga en su propia acción, potenciando sus capacidades sociales. Por eso, el fruto de este proceso deberá ser la “devolución” de las reflexiones al propio movimiento para lograr fortalecer su iniciativa y claridad en su proyección.

Tampoco se pretende convertir al sociólogo en ideólogo, fundiéndose con el discurso del actor. La búsqueda pretende, metafóricamente, “subir” al militante al balcón del investigador para observar su acción y que, luego del autoanálisis, pueda volver a su grupo de base para actuar con mayor eficacia. “El investigador no está directamente comprometido en la vida interna del grupo ni es un observador exterior: es un agente del análisis, un organizador de su auto análisis” (Touraine, 1978: 284).

La intervención es una experiencia de laboratorio que intenta, en un grupo concreto, reproducir las tensiones de un movimiento social, en sus identidades, oposiciones, cuestiones en juego y horizontes. En suma, se trata de “construir una situación de investigación que represente la naturaleza de las luchas” (Touraine, 1978: 186). Bien se podría acudir para ello a entrevistas de los principales líderes o análisis de documentos, pero el método no pretende hacer un recuento de las demandas sociales del movimiento, sino que se pueda analizando la vida del grupo conforma-

do y que participa de la intervención, comprender los “problemas de la acción colectiva” y de la lucha del movimiento. Es en el proceso de intervención que surge la esencia misma, en sus demandas y contradicciones, del movimiento.

Cuatro son los principios fundamentales de la intervención:

- i. El primer principio es entrar en relación con el movimiento social en sí mismo. Para ello se podría acudir, directamente, a los materiales oficiales, actas o declaraciones; pero el objetivo de la intervención es entrar en contacto para “cruzar nuestra mirada con la del movimiento social” (Touraine, 1978: 187).
- ii. El segundo principio propone que se debe ir más allá del “discurso ideológico y sacar al grupo del discurso ideológico y de su rol militante”. Por eso, se busca un debate y confrontaciones con los interlocutores, para que surjan los principales elementos del conflicto. “Los investigadores intervienen relativamente poco en esas confrontaciones” (Touraine, 1978: 187).
- iii. La intervención debe lograr “hacer salir” los principios de identidad, oposición y, sobre todo el más difícil, totalidad. Afirma Touraine que si es relativamente fácil introducir los dos primeros, el “enjeux” en el que se disputan con los adversarios el principio de totalidad es más complejo, y sólo surge a través de la participación del investigador.
- iv. El grupo cuidadosamente constituido se convierte en “una manifestación de la lucha o del movimiento social, lo que logra llevando a cabo su auto-análisis y remplazando la acción por el análisis de la situación de la acción, reconstruida por la intervención”.⁵ En este sentido, el investigador debe ser capaz de conducir al grupo al lugar más elevado de análisis de su acción, debe descubrir la naturaleza de los componentes de su acción colectiva, y debe dar cuenta de los problemas, tensiones y contradicciones internas de la acción colectiva (Touraine, 1978: 302).

Es evidente que el método trabaja con hipótesis y teoría por detrás, que son quienes lograrán potenciar el trabajo interpretativo.

La intervención sociológica, siguiendo la reflexión de Touraine, se la realiza a través de una serie de pasos operativos que vale la pena destacar.

- i. Preparación de la problemática. En una primera instancia, evidentemente los investigadores deben tener conocimiento de la problemática a la que se van a enfrentar así como la historia y situación del movimiento social, conocimiento del método, elaboración de hipótesis de trabajo y fichas operativas del actor.
- ii. La constitución del grupo. Se debe constituir un grupo que, sin ser propiamente “representativo” del movimiento, sí traiga a la discusión las principales demandas, tendencias, conflictos y tensiones. Este trabajo es complejo, pues se debe identificar, uno por uno y a través de una selección los miembros del grupo, luego de haber discutido con informantes clave. Se sugiere que los participantes no sean líderes del movimiento y que traigan todas las tendencias. Ellos deben estar dispuestos a reunirse regularmente durante un período de tiempo que puede ir desde un mes intenso hasta sesiones espaciadas durante un año. Lo ideal es que los mismos que inician el proceso lo culminen y participen de toda la intervención, pues es un trabajo acumulativo. Obviamente, de acuerdo al movimiento en cuestión, esta tarea operativa será de mayor o menor complejidad.
- iii. Es conveniente realizar varios grupos para que hayan elementos comparativos y por si algún grupo se disuelve en el camino. Además, al final se debe realizar un encuentro de los distintos grupos, lo que dará riqueza mayor al análisis.
- iv. Cuestiones operativas. Aunque los tiempos son variables, el proceso es largo y cada sesión dura alrededor de dos horas. Es conveniente grabar, y en algunas ocasiones filmar, todas las sesiones, lo que servirá para la “devolución”.

Es conveniente que exista un equipo de investigadores con quienes se pueda discutir los resultados paulatinamente, para analizar mejor los pasos a seguir.

Concretamente, una vez conformado el grupo, las hipótesis, la revisión bibliográfica empieza el trabajo propiamente dicho. Se busca cumplir con siete pasos con cada uno de los grupos, que bien pueden ser en distinta cantidad de sesiones.

Primer paso: identidad y oposición. Se trata de dejar una narrativa más o menos libre del grupo, en la cual logren identificar su identidad y sus principales adversarios o ayudantes.

Segundo paso: Los interlocutores. Una vez construidos los principios de identidad y oposición, se debe convocar a representantes tanto de los adversarios como de los sectores que miran con mayor afinidad, para que luego de su exposición en el grupo, éste pueda llevar al límite sus posiciones.

Tercer paso: Rememoración y retorno. En este momento de la intervención los investigadores deben rememorar las cosas que el grupo dijo en un principio (para ello se puede acudir a grabaciones, papelógrafos, etc.), para ver si hubo alguna modificación o evolución en el movimiento.

Cuarto paso: La conversión y el autoanálisis. Quizás es el momento más difícil, y sólo algunos grupos llegan a ese punto. Se trata de una conversión en analista, el grupo sale de su ideología y logra mirar su acción en tanto que analista y no sólo como militante.

Quinto paso: La devolución. En este momento los investigadores realizan una exposición al grupo mostrando sus hipótesis y conclusiones del proceso. Sólo se llega a este paso si el grupo ha madurado lo suficiente como para mirarse a sí mismo con distancia.

Sexto paso: Entrevistas. Como una manera de profundizar en las conclusiones, se sugiere realizar una serie de entrevistas con miembros del grupo, de manera que se pueda abordar asuntos puntuales y evaluar el proceso.

Séptimo paso: Encuentro de grupos. Se sugiere, al final de la investigación, realizar un encuentro de los distintos grupos para intercambiar experiencias y sacar conclusiones finales.

Evidentemente, luego de este proceso operativo, corresponde la redacción final del informe que muestre los diferentes resultados de la investigación.

Veamos ahora algunas experiencias empíricas de estudios llevados a cabo con el método de la intervención sociológica.

4. Experiencias empíricas

La diversidad de investigaciones que utilizaron la intervención sociológica es grande, y va desde los trabajos de Alain Touraine y su equipo, hasta las investigaciones sobre “pobladores” de Santiago. Los distintos momentos o situaciones en las cuales se llevaron a cabo las investigaciones, marcaron exigencias propias tanto a nivel teórico como metodológico. Sin querer hacer un inventario de esta amplia gama de experiencias, veamos tres situaciones lejanas en tiempo y problemáticas.

4.1 Solidarité. Analyse d'un mouvement social Pologne 1980-1981. Alain Touraine, Francois Dubet, Michel Wieviorka, Jean Strzelecki

Esta investigación se la realizó entre Abril y Noviembre de 1981 en Polonia con el movimiento Solidaridad, justo cuando le toca a este grupo jugar un rol fundamental en la vida política y social de su país. En la investigación no se pretende contar la historia de los 16 meses de transformaciones sociales en este país; el objetivo es comprender la naturaleza, el funcionamiento y la evolución de uno de los más importantes movimientos sociales que modificaron la historia de Polonia y del bloque comunista.

Operativamente, la investigación se la hizo con base en seis grupos de investigación. Se eligió trabajar con la gente de base

más que analizar los numerosos escritos y boletines, en el entendido de que los participantes de un movimiento no son una simple base conducida por los intereses inmediatos de los dirigentes que los transformarán en programa y estrategias políticas.

Los grupos se los conformaron de manera diversificada. Los interlocutores fueron representantes del Partido, de la vida económica, de la Iglesia, de la prensa, de la oposición política y dirigentes de Solidaridad. Luego del trabajo en conjunto, los grupos reflexionaron sobre estos encuentros y, con la ayuda de los investigadores, realizaron un primer auto-análisis de su acción. Luego los investigadores expusieron sus propias hipótesis y examinaron cómo ellas eran recibidas, aceptadas, rechazadas o modificadas en el curso de las varias sesiones de trabajo en común. Participaron 4 investigadores por cada intervención. La información se complementó con entrevistas con miembros responsables de Solidaridad, dirigentes, expertos y sociólogos.

Las tres preguntas de investigación fueron:

- i. La naturaleza del movimiento. Solidaridad es un sindicato pero es más que un sindicato, es un movimiento obrero que nace en las fábricas y que resiste a la represión en el lugar de trabajo, pero a su vez es un movimiento nacional que lucha por la democratización de la sociedad. Hay que explicar las tres órdenes de acción: el sindicato, la democracia y lo nacional, que se combinan en Solidaridad, lo que hace de él un movimiento social total que transforma todos los aspectos de la vida pública.
- ii. Solidaridad es un movimiento y una expresión colectiva tan rica como venimos de describir o es un instrumento de una reconstrucción de toda la sociedad, de sus instituciones, sus fuerzas económicas y sociales. ¿Cómo subsisten dos tipos de acción en el movimiento?
- iii. Luego de los acontecimientos de Agosto de 1980, Solidaridad se tuvo que situar en relación al Partido en el Esta-

do. ¿Esta nueva situación no los pone ante el complejo tema de la lucha del poder y por el poder?

Luego del proceso de investigación, en un constante vaivén entre militantes, dirigentes e investigadores, y que giró alrededor sobre todo de la reflexión sobre los tres ejes del movimiento planteadas como pregunta inicial (el sindicato, la democracia y lo nacional), se llega a la conclusión de que en la naturaleza del movimiento está la reconstrucción de la sociedad y por eso la complejidad de la naturaleza de su acción, que debe ser capaz de mantener la unidad en los tres órdenes para no perder su esencia. El desafío que surge entonces luego de la reflexión, es cómo ampliar su capacidad de acción sin perder unidad.

Cuando el movimiento asume el desafío de enfrentarse a la reconstrucción de la totalidad de la sociedad, es que logran constituirse en una forma de acción colectiva más poderosa y que con el tiempo asumen, efectivamente, la conducción de su sociedad.

4.2 Los indígenas en el Beni. Hugo José Suárez

El objetivo de esta investigación fue estudiar la identidad, orientaciones y naturaleza del movimiento indígena en el Beni, que en los 90 jugó un rol fundamental en la vida social y política del país y que para el año 2000 todavía tenía una presencia importante. Se partía de la pregunta sobre los ejes que articulan el discurso indígena del Beni y hasta dónde se trata de un movimiento que logrará convertirse en una propuesta de sociedad.

Para ello, se conformó un grupo con 13 dirigentes de las distintas centrales indígenas de la región y se sostuvieron 6 encuentros entre los meses de Octubre y Noviembre del año 2000. Luego de seguir los pasos de identificación de la identidad, oposición, contacto con interlocutores, auto-análisis y devolución, se identificó que el campo de conflicto estaba compuesto por la dicotomía ganadera, políticos y administración estatal (como adversarios) vs. Iglesia, medios de comunicación y ONG's (como aliados).

Los tres ejes del movimiento eran demandas de atención del Estado, mayor participación en el poder, seguridad jurídica.

Se llegó a la conclusión de que el movimiento de indígenas en el Beni abarca tres dimensiones: la ciudadanía, participar en promulgación de leyes, ser incluidos en normas jurídicas, ser reconocidos como ciudadanos frente a la nación; la dimensión socio-cultural: reivindicar la identidad étnica, formular una demanda ética de reconocimiento que afecta a la vida cotidiana, criticar la dominación cultural; y una dimensión política: la búsqueda del poder e influencia tanto a nivel local como nacional.

En esta triada es que el movimiento realiza su acción, y, de acuerdo a la coyuntura, se inclina por una u otra. La sugerencia final era que sólo una articulación y equilibrio de las tres dimensiones les iba a permitir mantener su presencia y pertinencia en el concierto político nacional.

4.3 La Galère. Francois Dubet

Francois Dubet y un grupo de investigadores en Francia se puso un atrevido desafío que consistía en estudiar la experiencia de los jóvenes marginales urbanos más allá de las categorías clásicas de la marginalidad o la delincuencia, sino como un sector contradictorio, fluido, ambivalente e indefinido. Su intención no era conocer las formas tradicionales de organización juvenil (pandillas, partidos, deportes, etc.), sino las nuevas formas de la experiencia juvenil que se caracteriza por “el arte de pasar el tiempo sin hacer nada”. Son jóvenes de 16 a 25 años sin grandes motivaciones, y donde la apatía y “la disolución de las relaciones [rapports] sociales” son las características principales. A esta experiencia es que titula la “*galère*”, que, en su punto más fundamental será “el punto extremo de la dominación, una experiencia de sobrevivencia, definida completamente por la convergencia de fuerzas de dominación y de exclusión” (Dubet, 1987: 13).

Su problema central, que abarca la comprensión de un momento más global de la vida social, era el hecho de que “la expe-

riencia de la *galère* procede de la descomposición de un sistema de acción, que no se reduce a una conducta armónica ni a una respuesta a las frustraciones, ni a estigmas de los cuales los jóvenes son víctimas. La *galère* es el resultado de la crisis del sistema de acción de las sociedades industriales que participan enteras, a través de ciertas dimensiones, de la formación de un nuevo sistema de acción” (Dubet, 1987: 31).

Así, su gelatinoso objeto de estudio era una nueva forma de “marginalidad de jóvenes ligada al fin del mundo industrial que no puede crear sistemas de identificación estables ni asegurar la integración en los nuevos sistemas” (Dubet, 1987: 23). Su objetivo de investigación era “analizar la experiencia de la *galère*, es decir, extraer las significaciones de la acción que ella conlleva” (Dubet, 1987: 43). Menudo desafío considerando que su objeto de estudio era de una ambigüedad remarcable.

Para ello, y con lo difícil que puede ser conseguir a las personas con estas particulares características que estén dispuestas a participar en la investigación, se conformaron cinco grupos en distintas ciudades francesas y en Bélgica. Paralelamente, y luego de los primeros análisis, se vio pertinente conformar 5 grupos más de adultos que jugaran de contrapunto.

Lo que normalmente se hace en 15 ó 20 sesiones y en varios meses, en este caso se tuvo que hacer en uno o dos meses en 6 a 8 sesiones (dos por semana). Los interlocutores no estuvieron claramente definidos como en otros casos porque las identificaciones como adversarios o aliados eran mucho más ambiguas.

Luego del accidentado proceso de investigación, los investigadores reforzaron su hipótesis inicial, que giraba alrededor de la idea de que la sociedad está atravesando por un proceso de descomposición del sistema social y que *la galère*, como experiencia especialmente juvenil, es uno de sus resultados más evidentes.

5. Conclusiones: “intervenir” en una sociedad fragmentada

Partimos esta reflexión concientes del proceso de mutación en curso que vive la sociedad contemporánea y pretendimos, luego de una explicación de aspectos conceptuales y metodológicos, poner más bien preguntas sobre la pertinencia del método de intervención sociológica hoy en América Latina y no dar respuestas contundentes. Por tanto, más que “conclusiones” propiamente dichas, corresponde ahora dejar la pregunta abierta sobre ¿cuánto y cómo la intervención sociológica puede ser un instrumento para estudiar los movimientos sociales hoy?

Por lo pronto, si algo queda claro es que analizar los movimientos sociales significa no centrarse en las instituciones tradicionales movilizadoras y que hace algunos años marcaban la historicidad, sino más bien concentrar la atención en cómo los fragmentos de la sociedad se suman y aglomeran bajo circunstancias muy particulares, y logran un sentido de cuerpo que se diluye fácilmente luego de su acción. Es en este escenario de fragmentación que se debe estudiar los movimientos, éste es un momento de afinar la mira ya no en los grandes monopolizadores de la movilización y por tanto de la acción social, sino en espacios fragmentados, movedizos, amorfos.

Siguiendo la enseñanza de Dubet, hoy se trata de buscar los espacios de acción marginales, aquellos donde el sistema de acción tradicional se ha diluido, los lugares más fluidos y ambiguos que parecen ser quienes son los que pueden marcar el clima social. Hoy, quizás más que nunca, la *imaginación sociológica* debe estar a flor de piel en las nuevas investigaciones.